

La Acción Militar De España en la Guerra De la Independencia Estadounidense

DR. ISIDORO VASQUEZ DE ACUÑA

Es conveniente, al cumplirse el bicentenario de la Declaración de la Independencia de Estados Unidos de Norteamérica, recordar la ingerencia que tuvo España en aquel acontecimiento. La visita de S.M. el Rey don Juan Carlos I y de la Reina doña Sofía a la Unión durante los actos conmemorativos, ha servido para recordar la presencia hispana en aquella gesta e identificar una vez más a España como nación americana.

De entre los personajes extranjeros de más decisiva intervención en la independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, emerge por derecho propio el primer Conde de Gálvez. Encontrábase por el año 1776 de coronel del Regimiento de Nueva Orleans, recién llegado a la Luisiana, cuyo gobierno asumiría interinamente con los albores del año siguiente, para más tarde recibirlo en propiedad. Era un apuesto oficial que cumplía la treintena de una vida cuyo destino no le depararía más que otro decenio de actividad enaltecedora y fructífera.

En efecto, don Bernardo de Gálvez y Gallardo había nacido en Macharaviaya, distante pocas leguas de Málaga, el 25

de julio de 1746, durante el mismo año en que Felipe V murió repentinamente en el palacio de El Pardo. Recién apagada la vida del monarca Borbón, otra se encendía en aquel oscuro burgo malacitano, apenas registrado en el nomenclator geográfico, en el hidalgo, aunque pobre, solar de su familia.

Siguiendo la andadura de su padre don Matías, emprende la dura carrera de las armas. Diez y seis años tiene cuando va de voluntario, desde la Academia de Avila, a la guerra de Portugal (1762), con el grado de Teniente de Infantería. Tres años después el joven Bernardo pasó a la Nueva España, formando parte del Ejército comandado por don Juan de Villalba. Un naufragio en las costas de Tabasco casi le costó la vida. En la capital del Virreynato tomó contacto con su tío, el Visitador General don José de Gálvez, futuro Ministro de Indias y Marqués de Sonora. Por causas fortuitas, este mancebo de 24 años se vio en 1770 de Comandante de Nueva Vizcaya, Sonora y Opatería, extensos territorios plagados de naturales insurrectos. Pronto obtuvo Bernardo su primer triunfo militar y diplomático: la celebración de una alianza con los indios ópatas. Luego, en tan arriesgada como heroica empresa, atacó y venció a los indios apaches en diversas ocasiones.

Escribió sus experiencias en *Noticias y reflexiones sobre la Guerra que las tropas españolas mantienen en la América contra los indios Apaches y otras Naciones Bárbaras*.

De regreso en España, en 1772, pasó a los reinos de Francia a perfeccionarse en ciencias militares. Tres años después estuvo en el ataque a Argel, donde conquistó merecidos laureles que le dieron el ascenso a Teniente Coronel, además de gravísimas heridas, de las que convaleció en la Escuela Militar de Avila. Un año lo retuvo la murada ciudad de sus andanzas de cadete, mientras un nuevo destino honroso le aguardaba: El Gobierno de la Luisiana y la Florida.

Si su gestión de Gobierno fue de gran envergadura en el florecimiento de esa Provincia, de lo cual es una muestra la ciudad de Galvezton (1778), para Gálvez fue de mayor gloria su actuación militar en la guerra contra los ingleses.

En ambos aspectos influyeron notoriamente dos factores que no habían concurrido en sus antecesores, gracias a los cuales Bernardo logró identificarse con la población francesa de la Luisiana: primero, su conocimiento de la lengua y costumbres

francesas, y, segundo, su matrimonio con una joven criolla de la localidad. La dinastía borbónica que ocupaba los tronos de París, Madrid y Nápoles se encontraba atada por el "Pacto de Familia", cuya incidencia en el equilibrio de poderes de la Europa del siglo XVIII, como contrapeso de una Inglaterra fríamente ambiciosa, comprometía a cada uno de sus monarcas a salir en defensa de los otros, aunque pudiese ser inadecuado para sus gobernados el pleito que estuviera en juego. Hubo pactos en los que España arriesgaba demasiado ante una hipotética ganancia. Así aconteció con aquel que se firmó en Versalles el 4 de febrero de 1762, que terminó obligando a Carlos III a declarar la guerra a Gran Bretaña, en un intento, más francés que hispano, para eliminar a los ingleses de América y cuyo resultado fue un pésimo ejemplo para algunos ambiciosos habitantes de sus propios territorios ultramarinos. La colaboración en la independencia de las colonias británicas llevó a la disolución de su propio Imperio, en aras de una libertad sólo benéfica para las plutocracias locales, que pasaron a ser dependientes, por su incapacidad manifiesta, primero de la odiosa Inglaterra y, luego, hasta hoy, de sus vástagos yankees.

Por tal causa, las relaciones entre España, Francia e Inglaterra eran tirantes y todo hacía suponer que se encaminaban a un total rompimiento. Gálvez decidió reforzar las principales defensas de su gobernación, y siendo el Misisipi la vía de acceso obligada para los puestos ingleses del Norte, lo más importante era dominar su entrada.

El ejército regular fue aumentado hasta cubrir quinientas plazas y las milicias hasta mil, fuerza reducida pero diestra y bien dotada.

A la vez, Gálvez fomentaba un espíritu de buena vecindad con los ingleses. Sabiendo que los habitantes de Panzacola estaban reducidos a comer pescado, envió 150 barriles de harina en su auxilio; también abrió las puertas de su Luisiana a las víctimas de la expedición de Willing, y de igual manera los españoles de Pointe Coupée encontraron generoso asilo en Manchac, durante una inundación que destruyó sus hogares. Cortésmente generoso, Gálvez permitía que los barcos ingleses se aviaran en el Misisipi y que compraran ganado en los Opelusas.

Esta cordialidad oficial no impedía, sin embargo, que Gálvez utilizara las facultades de enviar espías al territorio inglés. Con

gran habilidad, recurrió al capitán Jacinto Panis, quien rindió servicios básicos para las campañas posteriores. Públicamente la misión de Panis consistía en protestar ante el gobernador Pedro Chester por las desatenciones cometidas a barcos españoles por las tropas inglesas de las lomas de Margot y Prudhomme y en llegar a un acuerdo sobre esclavos fugitivos. Con una caja de azúcar y una bota de vino que llevaba de regalo para el gobernador inglés, Panis salió de Nueva Orleans el 22 de febrero de 1778 y, pasando por Mobila, llegó a Panzacola, donde se entrevistó con Chester.

Si bien la misión diplomática de Panis fue un fracaso para España, ya que Chester esquivó todos los negocios, su misión secreta tuvo gran éxito. A su regreso rindió un informe detallado de ambas poblaciones y sus fortificaciones, acompañándolo de planos y de un proyecto minucioso para lograr su conquista.

* * *

Al año siguiente la guerra se hacía inminente. La llegada de cuatrocientos guardias valones a Manchac y las noticias comunicadas por los ingleses en cartas interceptadas por Gálvez, le hicieron columbrar la próxima ruptura de hostilidades. Las fuerzas inglesas se preparaban, indudablemente, para atacar Nueva Orleans.

Desde el 18 de mayo comunicaba la Corte española a los gobiernos provinciales que la ruptura con Inglaterra se acercaba, haciéndose la declaración formal de guerra el 21 de junio de 1779. Anticipándose a la ruptura, Gálvez dobló sus preparativos militares.

El 13 de julio convocó una Junta de Guerra, ante la cual planteó llanamente la situación crítica de la Luisiana. Calculaba las fuerzas regulares inglesas en 800 hombres, contra 600 españoles, de los cuales dos terceras partes eran reclutas. En un mapa señaló los numerosos puntos desde los que podía ser atacada y vencida la capital, acordándose concentrar todos los elementos disponibles en Nueva Orleans y pedir auxilios a la Habana, así como la construcción inmediata de cuatro reductos cercanos a Manchac.

El proyecto se puso en obra sin pérdida de tiempo. Con el pretexto de prepararse para defender Nueva Orleans, se

aprestaba su Gobernador para iniciar la campaña. Al recibir la declaración de guerra, Gálvez guardó en secreto la noticia para no desalentar a los vecinos, pero aceleró la concentración de elementos necesarios para la ofensiva que había de comenzar el 23 de agosto. Proyectaba Gálvez hacer un llamamiento al pueblo en solicitud de su apoyo, tres días antes de salir a campaña.

Dispuesto a ello, a pesar de la oposición unánime de todos los oficiales que convocó a Consejo, los cuales eran de opinión de prepararse sólo para la defensa, hasta recibir refuerzos desde la Habana, un furioso temporal sumergió, el día 10 de agosto, casi todas las embarcaciones que tenía en el Misisipi y arruinó muchas casas de Nueva Orleans, destruyendo además las plantaciones inmediatas, pero ante el inflexible carácter de don Bernardo de Gálvez no disminuyeron el vigor de las tropas ni la confianza del pueblo, que voluntariamente ayudó en la recuperación de algunas embarcaciones y artillería del fondo del río.

Aguijoneado por la necesidad de atacar primero a los ingleses, ya que éstos no habían sufrido ningún daño, Gálvez reunió a la población y le dirigió un discurso sobre su estado miserable, y sobre la declaración de guerra. "No puedo tomar posesión de mi cargo, dijo, sin antes jurar ante el Cabildo que defenderé la provincia; pero, aunque yo estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre por la Luisiana y por mi Rey, no puedo prestar un juramento que quizá tenga que violar, porque no sé si me ayudaréis a resistir los designios ambiciosos de los ingleses. ¿Qué decís? ¿Prestaré el juramento de Gobernador? ¿Juraré defender la Luisiana?"

Un aplauso estrepitoso fue la contestación. "Tomad el juramento, respondió el portavoz de los vecinos de Nueva Orleans; por la defensa de la Luisiana y por el servicio del Rey, os ofrecemos nuestra vida y ofreceríamos nuestra hacienda si algo nos quedara."

Con la adhesión del pueblo, Gálvez prosiguió los preparativos. Del fondo del Misisipi sacaron cuatro barcos, que lograron poner a flote y rearmar con los 10 cañones destinados a la defensa de Nueva Orleans. Esta flotilla empezó a remontar el río pocos días después, al mando de Julián Alvarez, en tanto que Gálvez asumía la dirección del ejército de tierra.

El 27 de agosto, 587 blancos y algunos indios se pusieron en marcha, sin tienda ni bagajes; iban, además, ochenta mulatos

y negros libres. La columna llegó penosamente a Acadia, donde se le unieron 600 voluntarios recogidos al azar, pero por las penalidades de la marcha a través de los bosques sólo llegó la tercera parte de la totalidad a la vista del fuerte de Manchac. El 7 de septiembre fue éste tomado por asalto sin lamentar bajas, por la rápida capitulación de los ingleses, cuya guarnición quedó prisionera.

Después de un breve descanso se dirigió Gálvez contra el fuerte de Baton Rouge, rodeado por un ancho y profundo foso, resguardado por un muro y varias enramadas, y defendido por 13 cañones, 400 soldados regulares y 150 blancos y negros. Estimando muy costoso un asalto, dispuso formar trincheras y establecer baterías, lo que hizo felizmente al distraer al enemigo mediante una escaramuza. Era el 20 de septiembre; al día siguiente rompióse el fuego, logrando, a las tres horas, dismantelar el fuerte desde el cual se tocó llamada pidiendo capitulación, la que le fue concedida a condición de que también se entregase a los españoles el fuerte de Panmure de Natchez, muy bien guarnecido y en excelente situación estratégica. Veinticuatro horas después, terminada la tregua permitida para que los vencidos sepultasen a sus muertos, salía el comandante Dickson con sus soldados, entregaban sus armas y se convertían en prisioneros de guerra.

El mismo día salía el capitán Juan Delavillebeuvre al norte con cincuenta hombres y un mensajero de Dikson, a recibir el fuerte de Natchez, que fue entregado el 5 de octubre.

Mientras tanto, se habían librado ligeras escaramuzas en otros puntos ingleses, que fueron tomados por voluntarios norteamericanos y destacamentos españoles dependientes de Gálvez. La victoria más espectacular es seguramente la del comandante español Vicente Rillieux. Habiendo avistado un transporte enemigo dirigido a Manchac, Rillieux escondió su tropa en una alameda ribereña. Al pasar el barco sonaron a la vez disparos de todos los mosquetes y se levantaron tales alaridos que los ingleses se creyeron dominados, refugiándose en el interior de la embarcación. Rillieux y sus hombres la abordaron y los hicieron prisioneros con sólo cerrar las puertas. La presa sumó 56 soldados del regimiento de guardias valones y 12 marineros. El Comandante español contaba en total con 13 hombres.

* * *

En menos de un mes, Gálvez y sus auxiliares habían logrado dominar la cuenca baja del Misisipi, eliminando a los ingleses y desbaratando sus planes de atacar por el río desde el Canadá. Con la conquista de San José y San Luis, efectuada por Pourré al año siguiente, entró en poder de los españoles toda la ribera del poniente; al oriente le pertenecía hasta la confluencia del Ohio, en tanto que más al norte ejercía un dominio conjunto con los norteamericanos. Los reinos de Carlos III aumentaban en más de 500 leguas de tierra rica y más fértil que la de Luisiana.

Esta empresa le valió a don Bernardo el grado de Brigadier.

Pero la campaña sólo estaba iniciada. Había que desalojar a los británicos de todas sus posesiones del golfo de México y aún poseían, en la Florida occidental, dos fortalezas poderosas: Mobila y Panzacola. Con ambas tendría que enfrentarse nuestro joven militar.

Emprendió la conquista de la Mobila con 1.200 hombres de tropa veterana, milicias y gente de color, por no haber obtenido más ayuda del Capitán General de Cuba, don Diego José Navarro, opuesto a los planes y que se resistía por tanto a todas sus iniciativas. Las tropas en catorce embarcaciones se hicieron a la vela en el río Misisipi, siendo atacada días más tarde por un violento temporal; zozobró la fragata *Comandante*, el bergantín en que iba Gálvez y otros cuatro buques, en la barra de la ría de la Mobila, a la que se llegó sin víveres ni municiones y con la tropa semidesnuda.

En tan apurada situación, imposible parecía una acción militar, pero Bernardo de Gálvez decidió, con la valentía que lo distinguía, ir al combate. Utilizando los cañones de los barcos, instaló una batería en la punta de Mobila, para dominar la entrada de la bahía, y con el maderamen de los buques perdidos hizo construir escalas para asaltar muros. Poco después movilizó su fuerza hacia el fuerte Charlotte, y el 28 de febrero se colocó a dos mil varas del enemigo.

Conforme con la costumbre de la época, al día siguiente del arribo, empezó la correspondencia con el comandante Elías Durnford para fijar las bases de la campaña. Posteriormente envió don Bernardo al capitán Bouligny a exigir la rendición de la fortaleza. Durnford ofreció un banquete al enviado, en el cual se brindó por ambos monarcas, pero sostuvo su obligación

de resistir al enemigo. Pocos días después llegaba al campamento de Gálvez un regalo del Comandante inglés, consistente en doce botellas de vino, una docena de pollos, un carnero y pan fresco. Le correspondió Gálvez con una caja de Bordeaux y otra de vino español, una de naranjas, otra de pastas y otra de habanos. Con su regalo, el caballero español mandaba decir a Durnford que lamentaba el hecho de que hubiera destruido una parte de la ciudad para asegurar la defensa del fuerte. "Las fortalezas, señalaba, se construyen únicamente para defender las poblaciones, pero Vuestra Merced está empezando a destruir la ciudad en favor de la fortaleza que es incapaz de defender". Comprometíase, además, a no instalar ninguna batería detrás de los edificios si Durnford ofrecía no incendiar más construcciones. Informado Gálvez de la proximidad de refuerzos ingleses, se apresuró a atacar, aprovechando un corto auxilio de gente y víveres que llegó desde Cuba. El 12 de marzo puso el castillo en jaque con una batería de ocho cañones de 18 libras y uno de 24, hasta abatirlo al atardecer, en que los ingleses elevaron bandera de parlamento.

Durnford ofrecía entregar el fuerte con la condición de que se le permitiera retirarse con su guarnición a Panzacola. Los españoles consideraron inadmisibile la propuesta y se concedió cuatro horas para que aquél capitulara. Los ingleses aceptaron entregarse prisioneros, siempre que se les concediese honores de guerra. El general John Campbell, que desde Panzacola se dirigía con 1.100 soldados, tuvo que retirarse precipitadamente con algunas pérdidas "y con el despecho de haberse reducido su operación a ser testigo ocular" de la derrota de sus subordinados de Mobila. Era el 14 de marzo de 1780.¹

El dominio del golfo de México era aún quimérico, pues faltaba conquistar Panzacola, la plaza mejor guarnecida y resguardada de toda la región, último objetivo de todos los proyectos de Gálvez. Un ataque inmediato habría sido ventajoso, ya que se habría sorprendido a Campbell antes de que pudiera recuperarse de su marcha infructuosa en socorro de la Mobila,

¹*Diario de las operaciones de la expedición contra la Plaza de Panzacola concluida por las armas de S. M. Católica, bajo las órdenes del Mariscal de Campo D. Bernardo de Gálvez.* Impreso que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección Diversos, núm. 501.

pero era indispensable contar con un contingente mayor para su abatimiento.

El 15 de febrero se habían embarcado en la capital cubana 2.065 hombres, pero al enterarse el Capitán General que habían llegado auxilios de Jamaica a Panzacola, desistió de su propósito y los hizo tomar tierra nuevamente. Si Navarro hubiese tenido mayor coraje o más confianza en el intrépido Gálvez, la plaza inglesa hubiere tremolado banderas españolas muchos meses antes.

En la Habana Gálvez reiteró sus antiguas pretensiones de que se socorriese al Fuerte de Mobila con víveres y tropas, así por hallarse escasísimo de aquéllos, como por estar amenazado de un ataque. En fuerza de sus instancias mandó la Junta de Generales se habilitasen los buques correspondientes. Otra flota partió el 21 de mayo, pero hubo de regresar porque a su Comandante le pareció imposible traspasar la entrada de la bahía de Panzacola.

Mientras tanto Gálvez, a cuyos oídos había llegado la noticia de que los ingleses habían desmantelado el fortín de las Barracas Coloradas, a la entrada de la bahía, y se reconcentraban en Panzacola, tomó sus medidas. “Los indios que apoyaban la causa de los ingleses —escribió al comandante Campbell— creen hacer un servicio destruyendo a todos los habitantes de mi nación. Los que abrazan nuestra causa piensan que pueden cometer las mismas hostilidades contra los súbditos de vuestro Monarca. En esta guerra que mantenemos por obligación y no por odio, espero que V. Md. se inclinará a unirse conmigo en un convenio recíproco que nos abrigue de la censura horrible de inhumanidad”. La oratoria de Gálvez en esta ocasión no dio resultado. Campbell no debió contestar, mas en cualquier caso siguió utilizando los servicios de sus indios amigos. En realidad, la propuesta neutralidad indígena era una hábil estratagema, ya que prácticamente todos los indios de la región eran aliados de los ingleses.

La falta de refuerzos de Cuba y la noticia de que en abril habían llegado once navíos británicos a Panzacola, descorazonaron a Gálvez. Un consejo de guerra dictaminó el 4 de mayo que se pospusiera la ofensiva hasta reunir los elementos necesarios para asegurar el triunfo. “Viendo mis más deseadas esperanzas frustradas, a pesar de la buena disposición de mis soldados

—escribía poco después— me lleno de tristeza al dejar interminada una tarea que el Rey se ha dignado confiarme.”

Pero estaba de por medio todo su honor militar y su espíritu conquistador, y aunque hubo de despedirse de la mayor parte del ejército, que partió de Mobila para la Habana, dejando una reducida guarnición, no desistió en su proyecto. Habiendo fracasado las gestiones de sus enviados, resolvió pasar personalmente a Cuba a obtener ayuda. El 2 de agosto tomó tierra en la capital isleña e inmediatamente inició una serie de juntas de guerra con el gobernador Navarro y el comandante general Victorio de Navia, percatándose desde luego de la oposición que éstos mostraban a sus planes.

Realmente sus quejas estaban justificadas. Tanto Navarro como Navia, oficiales más viejos y experimentados, desconfiaban de los bríos juveniles de Gálvez y entorpecían de diversas maneras las improvisaciones que exigía para dejar madurar los proyectos de guerra.

Sin embargo, prevaleció la determinación de Gálvez y el 16 de octubre partió rumbo al continente, pero un furioso huracán azotó su escuadra durante ochenta horas, frustrando la empresa. Regresó don Bernado al punto de salida el 17 de noviembre, sin noticias del resto del convoy, cuyas embarcaciones dispersadas fueron a parar unas a Campeche, otras a Nueva Orleans y Mobila, habiéndose perdido una de ellas.

Conocido el desastre por Campbell, se dispuso a recuperar Mobila. Afortunadamente, un pequeño convoy transportando 500 hombres y alguna cantidad de comestibles había partido de la Habana el 6 de diciembre, al mando del capitán de fragata don José de Rada, que aunque no se atrevió a entrar en la boca de la Mobila por haber encontrado algunas variaciones en el canal, dejó las tropas en la entrada del río Misisipi, restituyéndose luego a Cuba. Al amanecer el 7 de enero atracó una fuerza de unos 200 guardias valones, siendo rechazada por el destacamento español, que tuvo catorce muertos y veintitrés heridos, pero debido a la muerte de los principales oficiales británicos, los atacantes se retiraron.

* * *

Estas circunstancias movieron a Gálvez a instar la reorganización de sus fuerzas, lo que anteriormente no se le había concedido.

“Aprobada la idea por la Junta de Generales, acordó se señalasen 1.315 hombres de varios regimientos, inclusive cinco compañías de granaderos y se providenciase a la habilitación de buques de transporte, destinando para conserva de éstos 2 navíos de guerra, 2 fragatas, 1 chambequin y 1 paquebote, todos a las órdenes del citado general don Bernado de Gálvez, por petición suya y concenso de la Junta”. Pidieron zarpar definitivamente el 28 de febrero, recalando los buques nueve días después en la isla de Santa Rosa, que se encuentra delante del puerto de Panzacola, en la que desembarcó la tropa, apercebido cada soldado de ración y municiones para tres días.

La gente del primer desembarco llegó a la punta de Sigüenza al día siguiente, 1º de marzo, a las cinco y media de la mañana, no encontrándose en ella el fuerte que se pensaba abatir, para dejar expedita a la escuadra la entrada a Panzacola, esperando allí los refuerzos. Sólo se encontraron tres cañones desmontados y una batería de faginas medio deshechas, que con poco conocimiento de su utilidad había abandonado el enemigo. Al poco tiempo se divisaron dos lanchas con siete hombres que apresaron los cazadores, lo que fue advertido por el fuerte de las Barrancas Coloradas, que se encontraba frente a la punta de Sigüenza, y por dos fragatas inglesas fondeadas en sus inmediaciones, comenzándose un vivo tiroteo sobre la tropa española.

Cambióse esa misma mañana el fondeadero del convoy, dejándolo más inmediato al puerto, y en la tarde el General hizo varios reconocimientos en la parte de la isla que mira a la plaza, eligiendo un paraje donde formar batería que alejase las dos fragatas enemigas y protegiese la entrada de la escuadra, asentando ocho cañones de diferentes calibres y 150 tiendas de campaña para ese objeto.

“El 11 antes de amanecer comisionó el Comandante de la escuadra sujetos para que sondeasen la barra del puerto y se formó una batería a barbata frente a las Barrancas, con dos cañones de a 24, que comenzaron a jugar a las tres y media de la tarde contra una de las fragatas inglesas que se hallaban a la vela.

"A esta hora se levó la escuadra y convoy con objeto de entrar en el puerto, lo cual visto por el General se embarcó inmediatamente en el navío *S. Ramón* para hallarse en esta operación y pasar por el riesgo, pero fueron tantas las instancias de su capitán D. José Calvo para que regresase a tierra, que hubo de ceder. A poco rato de haber mareado todo el convoy se reparó que el navío había virado de bordo y que volvió a fondear donde antes se hallaba con todos los demás buques que le seguían, motivado de que al tiempo de atravesar la barra tocó en ella, según informó al General el Mayor de órdenes de la escuadra.

"Toda la noche la empleó el comandante del navío D. José Calvo en alijarle hasta haberle dejado en disposición de que verificase su entrada, no obstante que el tiempo era poco a propósito entonces para ejecutarlo"², pero sin que pudiese intentarse el paso de la barra por el mal tiempo, que continuó en los días subsiguientes.

El 16 y 17 el coronel don José Ezpeleta respondía a la comunicación enviada con Herrera, en la que avisaba se ponía en marcha con 900 hombres hasta la orilla del Río de los Perdidos, distante cinco leguas de Panzacola, necesitando para cruzarlo algunas lanchas, las que de inmediato le fueron enviadas.

Temiendo Gálvez que el fuerte viento obligara a los buques a hacerse a la mar, so pena de encallar, lo que dejaría al Ejército abandonado y sin medios, y pensando en lo perjudicial e indecoroso que significaba para las armas reales desistir de la empresa, intentó que la escuadra entrase en el puerto pero el Comandante de ella y demás oficiales de marina dieron por impracticable la operación a causa de lo tortuoso del canal, la corriente de las aguas, los fuegos del castillo de las Barrancas Coloradas, la falta de prácticos seguros y el estado poco apropiado del tiempo.

Aunque Gálvez reunía los mandos militar y naval, don José Calvo de Irazábal era responsable de la seguridad de la escuadra, y en vista de lo difícil que resultaba pasar la barra y los fuegos de las fortificaciones de la bahía, desistió de la empresa. Enojado Gálvez por ello, sacrificó la prudencia, y dispuesto a jugarse el todo por el todo, resolvió llevar a efecto la heroica y laudable

²Vid. nota 1.

acción que le valió un título de Castilla y una fama por pocos tan merecida.

Envió un subordinado al navío *San Ramón* con un mensaje para el Capitán y una arenga para la tropa. Para dar ejemplo, a bordo de su bergantín particular, el *Galvezton*, entraría en la bahía; quien tuviera honor y valor lo seguiría. Era casi un reto para el capitán Calvo de Irazábal, quien, delante de toda la tripulación y del ejército, contestó que Gálvez era un impertinente, audaz y mal educado, un traidor al Rey y a la Patria.

Emulando don Bernardo de Gálvez a ciertos personajes mitológicos, se embarcó a las dos de la tarde del día 18 de marzo en el bergantín *Galvezton*, sin oficial, doméstico ni criado alguno, y, con la insignia de su grado en lo alto del mástil, mandó largar la vela, haciéndose saludar con los honores correspondientes; y así, sin más ayuda que la de su coraje, pasó el canal y entró en el puerto a la vista del enemigo, que dirigió contra tan señalada presa su fuego más nutrido, rompiendo jarcias y perforando el velamen, pero sin lograr daño mayor en el bergantín ni en dos lanchas cañoneras y una balandra que le siguieron a alguna distancia entusiasmadas por tanta valentía. A pesar de todos los esfuerzos de los ingleses, fondeó en la bahía de Panzacola a distancia que no podía ofenderlo el fuego enemigo, saltando a tierra por la parte interior de la isla, donde le recibió la tropa delirante de entusiasmo. En un rasgo de humor, el *Galvezton* saludó al enemigo con quince salvas.

La acción brillante y decidida de Gálvez punzó el amor propio de los marinos de la escuadra, que entraron con ella al siguiente día, a excepción del navío *San Ramón*, el cual se había lastrado. Durante la operación anduvo el General en una falúa entre los barcos para darles el auxilio que requiriesen, poniendo una vez más en juego su vida para ejemplo de sus subalternos. En cuanto entregó la escuadra a las órdenes de Gálvez, Calvo de Irazábal regresó a la Habana en el *San Ramón*.

* * *

Luego que llegaron las tropas de la Mobila y Nueva Orleans, trasladóse todo el ejército a tierra firme, con el fin de hacer el sitio del fuerte Jorge y las demás obras que defendían 1.800 ingleses de tropa reglada, muchos voluntarios negros "y una multitud de indios feroces, que se encubrían en los bosques de

campana", entregándose con su conocida crueldad a arrancar las cabelleras de los españoles que caían en sus manos.

El día 27, Pedro de Chester, Capitán General, Gobernador y Comandante en Jefe, Canciller y Vicealmirante de Su Majestad Británica en la provincia de West-Florida, mandó un parlamentario, tal como lo había hecho anteriormente, para observar ciertos artículos en pro de la seguridad de la villa de Panzacola; pero Gálvez se negó a recibirlo en vista del mal trato dado a tres marineros españoles que habían escapado de manos de los británicos, negándose a toda proposición.

Siguieron los ataques de las avanzadillas con los indios apaches durante el mes de abril, con duelos de la artillería. El día 12, habiendo salido don Bernardo a reconocer el terreno, un proyectil le atravesó un dedo de la mano izquierda, hiriéndole además en el vientre, con la consiguiente consternación de todos, que temieron por la vida de su tan amado General. Quiso la Providencia que, aunque las heridas eran graves, no lo privasen por mucho tiempo de ejercitar el mando, entregado provisionalmente al mayor general Ezpeleta.

Días después del accidente se avistaron veinte embarcaciones que formaban la escuadra mandada por don José Solano, las cuales transportaban más de 1.600 hombres bajo las órdenes del mariscal don Juan Manuel Cagigal, que venía a reforzar el sitio, llevando también la gratísima nueva de que don Matías de Gálvez, padre de nuestro don Bernardo, y a la sazón Presidente de Guatemala, había expulsado a los ingleses del castillo de Nicaragua. Con las fuerzas recibidas, el ejército español pasaba de los 7.000 hombres.

En los primeros días de mayo aumentó el fuego de artillería contra la media luna del fuerte, ocasionando numerosos daños y bajas, hasta que el día 8 una granada incendió el almacén de pólvora, volando una parte con 105 ingleses que la guardaban. Ocupóse inmediatamente aquel puesto por Ezpeleta y el brigadier Girón, asentando dos obuses y dos cañones para contestar el fuego que desde el fuerte del medio se les hacía, pero que fue suspendido a las tres de la tarde, hora en que el fuerte Jorge puso bandera blanca y llegó un Ayudante del mariscal Campbell a proponer una tregua hasta el día siguiente para capitular.

Después de varios parlamentos, en los cuales sobresalió el ingenio de Gálvez, firmó, el 9 de mayo de 1781, las capitulaciones

acordadas con el gobernador y capitán general Peter Chester y el mariscal de campo y comandante de las tropas John Campbell. Los artículos estipulaban la entrega de todos los fuertes y puestos ingleses en el golfo de México, excepto San Agustín de la Florida y la isla de Jamaica; los honores de guerra para los vencidos, las condiciones de su transporte a Inglaterra, y las garantías prometidas a los no combatientes, sus familias y sus bienes.

El día 10, a las tres de la tarde, se formaron a quinientas varas de susodicho fuerte, seis compañías de granaderos y las de cazadores de la Brigada Francesa, a cuya distancia salió el General inglés con su tropa y, después de haber entregado las banderas del Regimiento de Waldek y una de artillería, con las ceremonias acostumbradas, rindieron las armas. Seguidamente, dos compañías de granaderos españoles tomaron posesión del fuerte Jorge y los cazadores franceses pasaron a hacer lo mismo con la batería circular, haciendo igual cosa el día precedente con el fuerte de los Red-Clifts.

Después de sesenta y un días de constante lucha cayó Panzacola, gracias a las acertadas maniobras de Gálvez, quedando el seno mexicano limpio de ingleses, que tanto daño habían hecho a la Corona Española. El número total de prisioneros alcanzó a 1.113, sin incluir muchos negros que ayudaban en la defensa, ni a la multitud de indígenas, teniendo que lamentar sólo 95 muertos y 25 heridos españoles.

Entre los oficiales que lograron ascensos se encontraba Francisco de Miranda, que alcanzó el grado de Coronel por su brillante actuación. Este precursor de la independencia de los países hispanoamericanos debió sacar conclusiones aplicables a Venezuela, su país natal, al apreciar la ayuda de España a la independencia de las colonias inglesas que aquella contribuía a liberar.

* * *

Apenas informado el Rey Carlos III de tan felices acontecimientos hizo a Gálvez Teniente General y mandó denominar la bahía de Panzacola con el nombre de Santa María de Gálvez, en su honor, y que pusiese por mayor timbre de distinción en el escudo de sus armas el bergantín *Galvezton* con el mote "YO SOLO", para perpetuar la memoria de la heroica y decidida acción

que hizo posible la conquista de la base inglesa. Señaló todo lo anterior en la Real Cédula de 12 de noviembre de 1781, en que erigió en Gobierno y Capitanía general las provincias de la Luisiana y de la Florida, nombrando a Gálvez para ocupar tales cargos. Pero no se detuvieron allí las merecidas gracias del Monarca, sino que, atendiendo a las peticiones de los habitantes de la Luisiana, el 28 de marzo de 1783 creó el Condado de Gálvez, con el Vizcondado previo de Gálvezton, libre de lanzas y media annata, para el recipiendario y que éste pudiese añadir a sus armas una flor de lis de oro en campo de azur, que usa la Luisiana por antigua concesión del Rey de Francia. Expidió la Real Carta en Aranjuez el 20 de mayo de 1783.

Asimismo, ese año, el 13 del mismo mes, se le concedió la Encomienda de Bolaños en la Orden Militar de Calatrava, vacante por la muerte del Duque de Santiesteban, pensionada en 31.400 reales al año.

* * *

Antes de continuar, queremos regresar a la segunda mitad del año 1781 y recordar una carta fechada el 28 de septiembre, que nuestro prócer dirigió al Arzobispo de Santa Fe, el Ilustrísimo señor doctor Antonio Caballero y Góngora, a raíz de la petición de ayuda que el Virrey de Nueva Granada le había hecho, en vista de los gravísimos motines, verdadero movimiento revolucionario, causado al parecer por un móvil económico (unas tributaciones injustas), aunque fuese aquél en realidad basado en el ejemplo de España, que ayudaba a la independencia de los colonos norteamericanos para abatir el poderío inglés.

Tanto el Virrey como el Arzobispo quisieron conseguir la paz a toda costa, pero sin efusión de sangre, juzgando el primero que si no acudían en su socorro el mal sería irreparable, temiendo incluso por la suerte del gobierno español en aquellas tierras. Sin embargo, Gálvez vaciló, y, en el momento culminante de su triunfo, escribe unas palabras propias de un Vitoria o Montesinos: respeto por la promesa empeñada; comunidad espiritual con el hombre de América; buena fe como base de todo gobierno. Palabras en las que palpita la idealidad del hispanoamericanismo, esa ideología amenazada por las más variadas retóricas y por una leyenda negra creada en principio por la exacerbada pluma de Las Casas y otros pocos españoles; germen cultivado por los detractores de España que muchos sentimos —al igual que el distinguido erudito cubano José María de Chacón y Calvo, Conde

de Casa Bayona— cual “realidad sustantiva, quizá más llena de futuro que de concreto y positivo presente”.

“Yo no sé con qué ojos —dice el Conde de Gálvez al Arzobispo de Santa Fe— verá la metrópoli la lentitud con que me he manejado en esta ocasión, tan ajena a mi carácter. Mis intenciones han sido y son las mejores, y mis recelos en transportarme ahí, con una parte del ejército, se han fundado en no querer dar un paso que nos empuñase en las hostilidades . . . pues a la verdad sería muy dolorosa la cruel necesidad de hacerse la guerra unos españoles a otros: vasallos de un mismo príncipe, miembros de una misma religión y oriundos de una misma patria, y unidos con los vínculos de la sangre y sujetos al mismo oprobio que podrá caer sobre la nación, si nos precipitásamos a una paz sangrienta.

“Yo espero que esos antiguos vasallos conocerán sus yerros . . . perdonará el Rey sus agravios, y siendo garantes la religión, y la antigua fidelidad, volverá ese país a gozar de la tranquilidad que tuvo, y el ejército que a tanta cosa mantiene S. M. en América, no será interrumpido en las operaciones que se meditan con objeto de apresurar el deseado fin de la guerra.

”Dios querrá que este pronóstico salga verdadero y no me vea en la amargura de coronar tristemente mis hasta ahora felices expediciones, derramando la sangre de mis hermanos y compatriotas de América.”

El Conde no llegó a ir a Nueva Granada, y como el Gobierno simulara pactos y ofrecimientos, dirigió aquél una carta al Visitador de las provincias, principal causante de los disturbios, diciendo:

“En tan importante objeto, permítame que yo aventure desde aquí mi opinión. Esta será siempre que se debe cumplir lo prometido; que faltar a lo acordado sería hacer aún más vergonzosas las condescendencias que US. cita se han tenido como hijas del miedo y no de la reflexión: envilecer para siempre el carácter de los Tribunales y Magistrados, que maduramente se conformaron con la necesidad y circunstancias, y últimamente faltar a la buena fe, único nudo que liga recíprocamente al pueblo con sus jefes, que una vez perdida, tarde o temprano jamás volverá a restablecerse la confianza . . . ”.³

³Archivo de Indias, Sección 5ª, Santo Domingo, 84-2-25, y Simancas, Secretaría de Guerra, siglo XVIII, legajo 6.912.

“Olvidadas sus hazañas —dice Casa Bayona, admirado de que nadie haya prestado atención a este precursor del Hispanoamericanismo—, efímero el resultado de sus conquistas sorprendentes y de sus grandes victorias, quedan sin embargo desafiando al tiempo, a todas las mudanzas imaginables, las afirmaciones del caudillo que se refieren a intereses más altos, más duraderos que los de una victoria militar o de un fácil triunfo de la diplomacia . . . ”

Una vez reseñadas las más importantes acciones militares, conviene referirse a la intervención de Gálvez en las relaciones entre España y los Estados Confederados de Norteamérica para obtener una apreciación panorámica más completa.

Desde el principio de la lucha por la independencia de las trece colonias, España tuvo vivo interés por mantenerse informada de los progresos que realizaba la causa contra Inglaterra. En 1775 escribía de París el conde de Aranda, señalando el peligro de que Luisiana fuera conquistada por Inglaterra si salía victoriosa de esta guerra o por los norteamericanos, como primer intento de expansión. Al año siguiente se ordenó al gobernador de Cuba que mandara enviados a las colonias británicas para que se enteraran con precisión del estado de la lucha. Con tal fin fueron comisionados Eduardo de Miguel a Nueva Inglaterra, Antonio Raffelin a Jamaica y Luciano de Herrera a Florida. El mismo año se nombró un comisionado ante el Congreso de los independientes y otro para asistir al teatro de la guerra; y Gálvez, como gobernador de Luisiana, mandó un tercero al interior.

Pero al principio, el Gobierno español no se dedicó a tomar partido, por lo menos oficialmente, aunque demostraba simpatías a los independientes. Así, en 20 de septiembre de 1777 comunicaba a Gálvez que el embajador de Inglaterra había insinuado que su país vería con buenos ojos se negara la entrada de barcos rebeldes en los puertos españoles, como lo había hecho Portugal. Pero, el Rey consideraba que esto produciría la enemistad de Estados Unidos y el peligro de que los rebeldes apresaran los navíos españoles, y resolvía que se les había de admitir cordialmente, tratándolos en todo como a cualquier nación soberana. Añadía que se había de aplicar la prohibición

de comercio para extranjeros, pero que, en caso de que se efectuase, les había de admitir dinero, letras de cambio o esclavos negros. A los ingleses se les trató de disuadir de su propuesta haciéndoles ver que España no estaba dispuesta a arriesgar su flota y que solamente agradaría al monarca si se comprometía a responder por los daños que sufriera a manos de los norteamericanos.

No ha llegado a nuestro conocimiento alguna instrucción secreta del gobierno central a los subordinados, lo cierto es que en las provincias los rebeldes recibieron toda clase de ayuda material y disfrutaron del apoyo de los funcionarios españoles, si bien es verdad que de manera extraoficial. No es sino hasta el 16 de noviembre de 1781, cuando ya se habían roto las hostilidades contra Inglaterra, que instruyó a Gálvez que *"nunca convenga en auxiliar con las armas y escuadra de S. M. la guerra de los colonos americanos contra su metrópoli, así por el mal ejemplo que en esto se daría a los espíritus revoltosos de nuestras Indias, como por lo muy perjudicial que siempre sería al Rey envolverse en los intereses de las colonias insurgentes"*. Pero la ayuda ya estaba dada.

Desde el principio de la revuelta aparece en Nueva Orleans y la Habana la interesante figura de Oliver Pollock, irlandés que abrazó la causa de Norteamérica, quien hizo estrecha amistad con todas las autoridades. Su primera intervención se manifiesta en el verano de 1776, cuando llegan a la capital de la Luisiana dos oficiales en busca de armas, vestuarios y medicinas. Por influencia de Pollock se les proporcionó lo que solicitaban, contribuyéndose así a salvar el fuerte de Pitt contra los ingleses. El capitán Morgan, de dicho fuerte, mostró su agradecimiento a Gálvez en carta amistosa de 22 de abril del siguiente año, comunicándole, además, todas las últimas noticias sobre las campañas de Washington y anticipando los planes para el futuro. Entre éstos, para nosotros, el más interesante es la propuesta conquista de Mobila y Panzacola con armamento y apoyo que solicitaba del gobernador español y, en caso de negársele, pedía, al menos, libertad para comerciar con Luisiana. Enviaba su carta con un oficial que llevaba encargo de comprar municiones en Nueva Orleans.

En su contestación, Gálvez se disculpa por la oscuridad de los términos que emplea, afirmando que trata de evitar re-

convenciones si su carta es interceptada. Continúa expresando su alegría por la llegada oportuna del envío, y dice: *"siempre que V. S. determine enviar por la otra remesa que cita, quedará servido respecto a que por servir a V. S. he solicitado por mi mismo y tengo en mi poder quanto se pedía por la primera pretensión"*. Refiriéndose al proyecto sobre los puestos del golfo, añade: *"aunque me alegraría mucho no puedo entrar en él, pero V. S. se puede entender si gusta con el mismo sujeto residente en esta ciudad que se empleó para la comisión pasada que es uno de los más apasionados, quedando V. S. asegurado de que le franquearé mi permiso y todo el auxilio de que soy capaz (sin embargo de que al parecer me diese por desentendido) pero no es posible entrar en concurrencia"*. En cuanto al permiso de comerciar, afirma: *"lo puede hacer entablar desde el punto que quiera o le convenga, seguro de que los que lo hagan serán bien acogidos y recibidos por mí, haciéndome responsable de todo"*. Realmente no necesita comentarios este texto. En el primer año del gobierno de Gálvez, 70.000 pesos en diversas mercancías remontaron el Misisipi hasta los puestos norteamericanos.

Pero si el comercio con los rebeldes era bien aceptado por las autoridades españolas, sus pretensiones sobre las posesiones inglesas merecían su desafecto. Una carta del gobernador de Virginia, Patrick Henry, confirmaba la revelación de Morgan y despertaba desde entonces en Gálvez la intención de ganar dicho territorio para Carlos III.

A mediados de 1778, Juan de Miralles, representante oficioso de España ante el Congreso de Filadelfia, comunicaba a Madrid los proyectos que fermentaban en aquella capital para apoderarse de la Florida occidental. A la sazón se encontraba en Filadelfia un oficial francés, el marqués de Bertigney, recomendado de Franklin, que conocía bien las posesiones británicas del golfo y proponía dominarlas con un ejército de tres mil hombres. Aprovechando un banquete ofrecido por el presidente del Congreso, Bertigney hizo conversación sobre su plan, y Miralles, según escribe, dijo al presidente *"al oído que dicha conquista se haría de acuerdo con Nuestro Augusto y Amantísimo Soberano, a que me contestó accediendo a ello, y diciendo que aquello no era más que para gastar el tiempo en beber una botella de vino"*. Pocos días después Bertigney presentaba su proyecto ante el Congreso y Miralles escribía apresuradamente

recalcando las oportunidades que tenía España para ganar a solas la provincia de la Florida.

Muy activamente trabajó Miralles en aquellos meses por disuadir a los miembros del Congreso de su proyecto sobre la Florida, convenciendo al presidente de que correspondía a la Corona española el derecho de reconquista. Con la ayuda del Ministro de Francia, logró, además, que se acordara el traspaso de los puestos interiores a España, que resarciría de los gastos de guerra y pagaría una indemnización suficiente para sacar de apuros al Gobierno provisional. Hasta el general Washington llegó a apoyar el plan de Miralles, que ofrecía a España la doble ventaja de aumentar sus fronteras y eliminar el futuro peligro de Norteamérica. En enero de 1779 se trató el asunto en el pleno del Congreso, recibiendo la oposición de los delegados de Georgia, que pretendían agregar la Florida a su provincia.

Al mes siguiente acordó dicho cuerpo político que se haría cesión de la Florida, en caso de conquistarla, a favor de España a cambio de la concesión de comercio libre con dos puertos y la navegación del Misisipi, vía de comunicación con sus posesiones de tierra adentro. Para tratar tan grave materia se nombró ministro ante la Corte madrileña.

Pero las ambiciones norteamericanas volvieron a despertarse a mediados del mismo año, y el Congreso dio facultades al general Lincoln, Jefe del Departamento del Sur, para concretar la conquista de la Florida con el gobernador de la Habana u otra persona autorizada por el monarca español. Aunque se desconocen los resultados de esta gestión, parece haberse concertado algún proyecto, pues el 2 de octubre de 1780 se escribía de Madrid al representante de Filadelfia: *"Una vez que por ahora no ha podido verificarse el ataque de Panzacola según estaba resuelto"*, había que hacer que el Congreso dispusiera que el ejército norteamericano hiciera *"una poderosa diversión"* a las armas inglesas para evitar que pudiera reforzar el puerto del golfo. Este proyecto, llevado a cabo poco después, consistía en que los rebeldes bloquearan el puerto de Charleston. Es indudable que esta *"diversión"* proporcionada a los ingleses, favoreció a Gálvez en sus planes, que pudo realizar unos meses después al declararse la guerra contra Inglaterra, según hemos visto.

* * *

Mientras tanto, Gálvez había cooperado ya a la causa de la independencia, señalándose su colaboración en dos expediciones principalmente. La primera es la más conocida, por la vida agitada de su protagonista, George Roger Clark.

Clark era un poblador de Virginia occidental, que en enero de 1778 obtuvo nombramiento de Coronel y permiso para levantar un ejército de 350 hombres, con el fin de atacar a los ingleses y sus aliados indígenas. En junio del mismo año logró dominar el fuerte de Kaskasia en un ataque sorpresa que se llevó a cabo sin disparar un tiro. Por medio de varias argucias conquistó pacíficamente los poblados de Cahokia y Vincennes, y así, en menos de seis meses, dominó toda la región al norte del Ohio. La campaña de Clark y el sostenimiento de sus fuerzas fue financiado en gran parte por Gálvez, a través de Pollock, quien envió 7.200 pesos en mercancías y más de 500 libras de pólvora.

La segunda expedición, y quizá la más importante, fue la de James Willing, comerciante de Natchez, que se adhirió al movimiento de independencia. Del Congreso norteamericano Willing recibió despacho de Capitán e instrucciones para apoderarse de todas las propiedades inglesas sobre el Misisipi. Con un batel bien armado y una tripulación de 30 hombres, inició sus incursiones en el río a principios de 1778. El sistema de Willing era bien sencillo: desembarcaba en los poblados más pequeños, atemorizaba a los vecinos con amenazas brutales y con demostraciones eficaces de su cumplimiento, y se apropiaba de sus bienes muebles y esclavos. En unos cuantos meses la fama de Willing era bien conocida por toda la cuenca del río y se le temía, con toda justicia, como a uno de los mayores males de la guerra. La reacción de los pobladores ingleses consistió en abandonar sus propiedades y emigrar a los territorios españoles, donde fueron bien recibidos por las autoridades. Existen numerosos testimonios de gratitud de los inmigrantes ingleses dirigidos a Gálvez, que dan cuenta de la importancia de este movimiento para el desarrollo de la Luisiana, ya que la mayoría recibía tierras y se asentaba permanentemente.

Pero la generosidad de Gálvez con los ingleses era atenuada por su hospitalidad a los norteamericanos. En febrero llegaba la escuadra de Willing —contaba ya con varios lanchones y numerosa gente— a Nueva Orleans, siendo alojada en uno de los edificios públicos y agasajada por todos los habitantes. Contra derecho,

Gálvez autorizó la subasta de las mercancías confiscadas por el corsario rebelde, con un producto de un millón y medio de pesos, lo que da una ligera idea de las actividades de Willing, si se toma en cuenta el valor de los bienes y el de las propiedades destruidas.

Las protestas de los ingleses fueron inmediatas. Numerosas peticiones de reivindicación inundaron la mesa del gobernador, quien quiso demostrar su imparcialidad nombrando una Comisión que estudiara los casos.

En marzo atracó en Nueva Orleans un navío británico, mandado por el capitán Ferguson, comisionado para apoyar las reclamaciones de las víctimas de Willing. La habilidad diplomática de Gálvez se manifiesta en su correspondencia con Ferguson, cuyas pretensiones supo esquivar con gran astucia. Dio fin al asunto ofreciendo restituir las propiedades confiscadas en el río entre Manchac y la Baliza; al norte de Manchac, aclaró, la línea medianera fija los límites entre el territorio británico y el español, no pudiendo hacerse responsable de los desmanes cometidos fuera de su frontera, salvo en el caso de que Inglaterra quisiera ceder todo el río a España. Aparentemente satisfecho, Ferguson se apresuró a salir de Nueva Orleans.

Pero el ofrecimiento iba a desagradar profundamente a los norteamericanos, especialmente cuando vieron que era forzoso cumplirlo. Todas las protestas de Willing fueron vanas. Barcas, mecraderías y esclavos se restituyeron a sus dueños legítimos, y muy pronto podía justificarse ante el Gobernador de la Florida.

La situación se puso tirante con la llegada de otros navíos británicos a Nueva Orleans. Gálvez temía ser atacado por cualquiera de los dos bandos, y con desesperación pedía recursos a la Habana y Madrid, y, a la vez, se quejaba ante el Congreso de Filadelfia de que la presencia de Willing era desagradable, porque acarreaba complicaciones a su gobierno. Pero Gálvez era un hombre de muchos recursos y su astucia le indicó el camino para salir del atolladero. Por un edicto ordenó que tanto los ingleses como los norteamericanos habían de prestar juramento de neutralidad o salir de su gobernación, con lo cual los navíos británicos abandonaron la Luisiana.

Los norteamericanos prolongaron su estancia en Nueva Orleans, dando el juramento. Los crecidos gastos que ocasionaban además de la incómoda situación en que ponían a Gálvez por las continuas demandas de los ingleses, fueron enfriando las

relaciones mutuamente. La insistente correspondencia de Pollock con el Congreso revela que estaba decidido a deshacerse rápidamente de Willing y su gente, pero la salida era difícil. Prevenidos los ingleses, los aguardaban tanto por el río como por el mar. Un salvoconducto de Gálvez permitió que saliera el ejército de Willing por tierra, con la condición de que no molestarían a los pobladores ingleses. El jefe quedó en Nueva Orleans hasta que pudo tomar embarcación hacia las colonias rebeldes; mas, durante la navegación fue apresado por la Marina inglesa y llevado, cargado de cadenas, a Nueva York, donde lo encontró el fin de la guerra todavía preso.

* * *

Al iniciar sus campañas militares, Gálvez hubo de disminuir su ayuda a los norteamericanos pero, en cambio, empezó a servirse de ellos en el desarrollo de sus planes. Especialmente útil era Pollock por su conocimiento de idiomas, y también se encontraban voluntarios norteamericanos, aunque en escaso número, en algunas acciones de armas.

Como el mando del ejército de operaciones y los cargos sucesivos que ocupó Bernardo de Gálvez no implicaban la dejación del gobierno de Luisiana y Florida occidental, durante los días restantes de su vida lo veremos influyendo muy cerca en los asuntos hispano-norteamericanos, en los cuales siempre era consultado por ser profundamente conocedor y práctico en dichas relaciones.

Así, en 1783 fueron decisivos sus dictámenes sobre el comercio con los indígenas de la Florida y la inmigración de norteamericanos en Luisiana. Como dichos indios estaban acostumbrados al trato con los ingleses y aceptaban favorablemente sus artículos, al terminar la guerra hubo algunas compañías británicas que solicitaron permiso para continuar sus operaciones. Gálvez determinó, por consulta del Rey, que "no es su propuesta admisible, porque traería mayores y más graves inconvenientes. No tiene duda de que los ingleses, por el medio que proponen, mantendrían los indios en paz y conservarían su amistad, pero sería para sí y jamás para nosotros."

Respecto de la inmigración norteamericana, consideraba útil aceptarla para fomentar la población y también necesaria porque,

siendo en pequeños grupos, sería más fácil asimilarlos y se evitaría el peligro futuro de una crecida invasión.

* * *

Profundas diferencias hubo de crearse luego entre los gobiernos de Madrid y Filadelfia con motivo de los límites entre el territorio norteamericano y las posesiones españolas, en cuyo allanamiento también iba a intervenir Gálvez de manera activa.

Conforme al tratado de paz firmado en Versalles por el Conde de Aranda y el Duque de Manchester, a 3 de septiembre de 1783, el Rey inglés cedía a la Corona española ambas Floridas, sin especificar límites. Pero en el reconocimiento de independencia hecho a los Estados Unidos se fijaba como frontera meridional una línea tendida entre los ríos Misisipi y Apalachicola, pasando por el paralelo 31 de latitud. Indignado, Gálvez protestó al Rey que aquel límite restaba territorio a la provincia, quitándole Natchez y dejando tan sólo diez leguas de tierra sobre el golfo de México. Esta demarcación privaba a España del comercio de peletería con los indios y dejaba a los norteamericanos la bahía de Mobila.

Por otra parte, el artículo 8º del mismo tratado establecía la libre navegación del Misisipi para los norteamericanos, lo cual venía también a perjudicar los intereses de España. Empezó a hacer uso de este derecho el Gobierno de Estados Unidos casi inmediatamente, pues el 12 de marzo de 1784 entró en el río la balandra *América*. Como el intendente Miró no tenía ninguna orden al respecto y teniendo en cuenta de que la orilla izquierda del Illinois pertenecía a la nación amiga, permitió el paso, pero previno que si descargaba sus mercaderías en territorio español le serían confiscadas. Además, ordenó a los hacendados ribereños que se abstuvieran de comerciar con la balandra, y envió un destacamento a su vista para evitar el contrabando.

Con esta noticia, el Gobierno español adoptó inmediatamente precauciones. Hizo saber al Congreso norteamericano que carecía de legalidad el tratado en cuestión, ya que estaban en poder de España ambas riberas del Misisipi, con anticipación de las negociaciones anglonorteamericanas; y a la vez comunicó a Gálvez que carecían absolutamente de todo derecho para navegar por el río y que así había de darlo a conocer a los habitantes de la Luisiana. Ambos asuntos se habían empezado a tratar desde

1782 en París por el Conde de Aranda y Benjamín Franklin, sin ningún fruto, y al ser nombrado don Diego María de Gardoqui encargado de negocios del Rey ante el Gobierno norteamericano, eran los principales problemas que tenía que resolver. Pero tomando en cuenta los amplios conocimientos que Gálvez tenía de la región y de la situación imperante, y aprovechando su regreso a América como Gobernador de Cuba, se mandó al nuevo enviado que se comunicase con él en la resolución de ambos problemas y se atuviera en todo a sus consejos. Para ello se le había de entregar copia de la cifra utilizada entre Gardoqui y el Ministerio y establecer un correo regular entre Nueva York y la Habana para facilitar su comunicación.

A su llegada a Cuba, Gálvez fue recibido por Gardoqui, quien lo esperaba para continuar el viaje a su destino. En una serie de juntas que celebraron, Gálvez precisó los problemas más graves y le orientó en todos los pormenores. Le entregó, además, una instrucción en la que dejaba bien claro la posesión por conquista del Misisipi antes del tratado de París, con lo cual se invalidaban los derechos alegados por Norteamérica para navegar por dicho río. En cuanto a los límites, los fijaba en el paralelo 35 (en vez del 31), afirmando que en ningún caso se podía admitir en menos del 32. Señalaba también que Estados Unidos fundaba sus derechos únicamente en que las colonias británicas habían prolongado sus territorios hacia el Oeste, sobre la misma extensión que tenían en la costa, atravesando la cordillera y deteniéndose en Misisipi.

En una carta que remitió a Gardoqui le indicaba que recuerde al Gobierno norteamericano los servicios prestados por España en su lucha por la independencia *"como los únicos derechos que tienen en el Misisipi, pero derechos de gratitud hacia nosotros y no de usurpación"*, y terminaba, muy a su manera, diciendo: "Si contra razón se explicasen en términos de amenazas, desprécielos V. S. en inteligencia de que para no temerles nos hallamos en las Provincias con bastante tropa veterana, una Milicia aguerrida y subordinada, amistad con muchas naciones de indios desafectos a los americanos y experiencia suficiente en el modo de hacer la guerra en el bosque, conocimiento que tal vez se lo creerán como exclusivo."

* * *



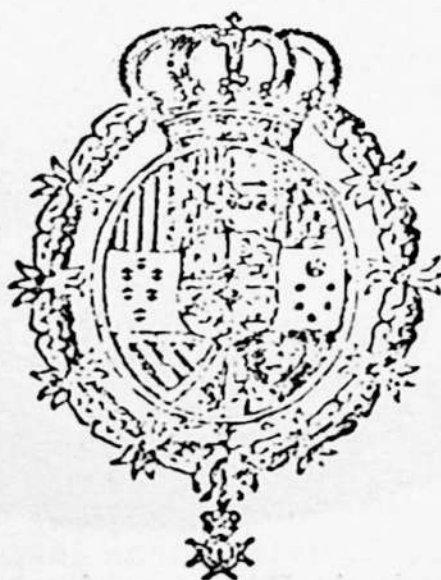
Retrato ecuestre del Conde de Gálvez, en la conquista de Panzacola, según miniatura que corona el marco que contiene una bandera tomada allí a los ingleses. Donación del Excmo. Sr. don Ernesto del Balzo de Caprigliano y Gálvez, Duque de Caprigliano, V Conde de Gálvez y V Marqués de Sonora, gracias a gestiones en Nápoles de don Fernando Alvarez de Toledo y Vásquez de Acuña en 1903. (Museo del Ejército, Madrid, Primera Sala de Recuerdos Militares).



REALES CEDULAS, EN QUE EL RET

SE SIRVE HACER MERCED
de Titulo de Castilla , con la denomina-
cion de Conde de Galvez , y la adiccion de
una Flor de Lis de Oro en campo azul para
el Escudo de sus Armas , al Teniente Gene-
ral de los Reales Exercitos Don Bernardo
de Galvez , Cavallero de la Real y distin-
guida Orden de Carlos Tercero , Comen-
dador de Bolaños en la de Calatrava , Go-
vernador y Capitan General de la Lui-
siana y Florida Occidental , &c.

AÑO



1783.

EN MADRID:

En la Imprenta de DON PEDRO MARIN.

Real Cédula en la que se concede el Titulo de Castilla de Conde de Gálvez,
para don Bernardo de Gálvez. Año de 1783. (Archivo Histórico Nacional)



EL ECSMO SENOR CONDE DE GALVES

El primer Conde de Gálvez, estampa caligráfica que lo representa cuando era Virrey de la Nueva España. (Museo Nacional de Historia, Ciudad de México).



EL Excmo. SEÑOR DON JOSE
DE GALVEZ MARQUES
DE SONORA.

Grabado de su época (Segunda mitad del Siglo XVIII)

Mientras tanto llegaban noticias alarmantes para los españoles: los norteamericanos se disponían a bajar por el Ohio a tomar posesión del puesto de Natchez, y la legislatura del Estado de Georgia votaba la erección del condado de Borbón en el territorio que se extendía hasta el Misisipi y el grado 31.

Efectivamente, a fines de mayo se presentó en Natchez un comisionado del Gobierno georgiano, Thomas Green, a recibir el fuerte. Exigida la entrega y rechazado por el Comandante español, se retiró, amenazando volver con mil hombres a tomar posesión por medio de las armas. Thomas Green había llegado a Luisiana unos años antes, huyendo de la guerra de Estados Unidos, con doce familias y doscientos esclavos negros. Acogido por Gálvez, había recibido tierras, que contribuyeron a su prosperidad.

El 22 de junio, otro enviado, Guillermo Davenport, se presentaba a hacer un segundo requerimiento, que también fue rechazado.

Con rapidez inusitada Gálvez, ya Virrey de la Nueva España, comunicó estos acontecimientos a Gardoqui, quien protestó ante el Congreso, en Nueva York, mereciendo ser desaprobada la acción del Estado de Georgia. Pero, a la vez, Gálvez preparaba en Veracruz un grueso refuerzo para defender Luisiana, aparejando dos guardacostas en cinco días, que irían a la vanguardia, mientras se disponían una fragata y un bergartín.

A fines del año 1785 todavía se encontraban en Natchez los delegados georgianos; pero Miró, más confiado, les fijó un término de 15 días para que abandonaran el territorio, habiendo salido antes del tiempo estipulado.

La situación iba agriándose poco a poco. El Congreso, aunque desaprobaba la actitud de Georgia, mantenía sus pretensiones sobre el territorio, y un flujo incontenible de emigrantes iba invadiendo paulatinamente la región que España mantenía despoblada. Otros Estados organizaban compañías, a cuya cabeza estaba el mismo general Washington, para hacer navegables los ríos y fomentar la población. Las discusiones en el Congreso originaron controversias tan serias, que llegó a preguntarse directamente a Gardoqui si había ido a desunir la Confederación. Aún se alcanzó el extremo de decretar un ayuno general por la conservación de la Unión. El optimismo de Gardoqui iba continuamente en aumento. Sus cartas, siempre daban cuenta de

que había convencido al Ministro de Negocios Extranjeros o al mismo Presidente. Pero el tratado no llegó a firmarse sino hasta 1795, es decir, trece años después de que se iniciaron las primeras gestiones. Conforme al artículo 2º, se estableció la línea divisoria en el paralelo 31, y según el 4º, se concedió libre navegación del Misisipi en toda su extensión. Había ganado la partida Estados Unidos, pero ni importaba ya, pues unos cuantos años más tarde la Luisiana y la Florida habían de pasar a su poder.

* * *

No queremos terminar este artículo sin mencionar un oficio de 26 de octubre de 1794 de don Diego de Gardoqui al Duque de Alcudia que merece transcribirse, porque resume la gran ayuda española a la independencia de las colonias inglesas. Por aquella fecha el Conde de Gálvez yacía difunto en México, virreynato que sabiamente y por corto tiempo dirigiera, después de sus heroicas acciones bélicas en la guerra de la independencia norteamericana.

"... las ventajas que los norteamericanos recibieron de la España fueron muy importantes, respecto a que se les socorrió en dinero y efectos por el Gobierno español en los años 1776, 77 y 78 con la cantidad considerable de 7.944.906 reales y 16 maravedises de vellón, sin contar la remesa de 30.000 mantas que se les hizo precisamente en el tiempo que tenían absoluta e indispensable necesidad de este socorro, para que no pereciese su ejército. En el papel que acompaña con este oficio se halla el pormenor de estos socorros, siendo dicho papel el resultado de los documentos que por el Ministerio de V. E. se me remitieron en 7 de noviembre citado.

"A estos auxilios o socorros deben añadirse los que proporcionó el Conde de Gálvez en América, los cuales es natural que fuesen de consideración, porque en aquellos dominios hemos obrado siempre con más generosidad.

"Siendo estos hechos constantes, y no habiendo satisfecho hasta ahora el Congreso (de Estados Unidos) más que 174.011 pesos fuertes para que ha sido comisionado Mr. Short, resultan dos consecuencias dignas de tenerse presentes: 1ª, que los servicios hechos por la España a los Estados Unidos han sido importantes, y contribuyeron acaso como parte principal al feliz éxito de su independencia; y, 2ª, que dichos Estados nos están

debiendo siete millones de reales, contándose como es justo, los intereses; sin embargo de los que nos ha satisfecho, y sin contar la deuda de América, que no dejará de ser considerable . . . " ⁴

* * *

La actitud de Bernardo de Gálvez ante los norteamericanos es un poco desconcertante. Hemos visto la manera cómo los favorecía en sus corrientes migratorias y cómo les negaba la posibilidad de que pudieran apoderarse del territorio español. Su amistad con Pollock lo hizo mimarlo hasta el grado de facilitarle crecidas sumas, que más tarde se negó el Congreso a reconocer, y a darle la libertad cuando fue encarcelado en la Habana por comercio fraudulento.

En Estados Unidos el Conde gozaba de gran popularidad. Por su ayuda a la independencia, Pollock solicitó su retrato para colgarlo en el salón del Congreso, y este organismo hubo de publicar una carta laudatoria a Gálvez por todos sus servicios. En la cúspide de la notoriedad, fue común en los banquetes oficiales brindar por la salud de los generales Washington y Gálvez.

En otra faceta, en cambio, luchó encarnizadamente por eliminar las pretensiones norteamericanas sobre el río y la frontera. Hábil diplomático, fue pródigo en regalos de pólvora a los indios para que atacasen a los blancos que invadían sus terrenos de caza, sin que el Congreso se enterara de estas maniobras.

En realidad, Gálvez no fue ni amigo falso, ni enemigo sincero de los Estados Unidos. Era un patriota que, consciente de su deber, aprovechaba todas las oportunidades para favorecer a España, ganándole alianzas ventajosas cuando era factible o defendiéndola a tiro de arcabuz si era necesario.

Los efectos de la participación de España en la independencia de las colonias inglesas se volvieron como boomerang contra su propia integridad imperial americana, incluso con repercusiones a más de un siglo de distancia. La deuda a que hicimos referencia no sólo no se pagó, sino que Filipinas, Cuba y Puerto Rico, últimos florones de la Corona, por la intervención de los descendientes de aquellos que obtuvieron su libertad en una apreciable parte gracias a la ayuda humana y material de

⁴Díaz Plaja, p. 425.

España, fueron arrancados de ella. Proféticamente, el Conde de Aranda, uno de los más talentosos políticos españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, había escrito:

“Esta república federal nació pigmea por así decirlo, y ha necesitado del apoyo y fuerza de Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces *olvidará los beneficios que ha recibido* * de las dos potencias y sólo pensará en su engrandecimiento. La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una población nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un Gobierno naciente, les atraerá agricultores y artesanos de todas las naciones, y dentro de pocos años veremos con verdadero dolor la existencia titánica de este coloso de que voy hablando.”

Esto escribía Aranda el 3 de septiembre de 1783 al Rey Carlos III, poco después de firmarse en París el tratado entre Inglaterra y Estados Unidos. Con sagaz instinto político avisoraba, en un futuro próximo, la ambición desmedida de la potencia naciente y el riesgo grave para los intereses españoles en América y recomendaba al Monarca de manera franca:

“Debe V. M. deshacerse de todas sus posesiones en el Continente de ambas Américas, conservando tan sólo las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, con objeto de que nos sirvan como escala o depósito para el comercio español.

“A fin de realizar este gran pensamiento de modo que convenga a España, deben establecerse tres Infantes en América, uno como Rey de México; otro como Rey del Perú, y otro como Rey de Costa Firme, tomando V. M. el título de Emperador.”⁵

Infortunadamente, Carlos III no puso en práctica el consejo del Conde de Aranda, cuyos vaticinios se cumplieron. Ni después, retomado el tema por el Príncipe de la Paz, alcanzó a aplicarse un proyecto que habría variado toda nuestra historia, dándole a la evolución política de nuestros pueblos hispanoamericanos un desarrollo más armónico dentro de una unidad fundamental para su propia grandeza.

*El subrayado es nuestro.

⁵Emil Ludwig, p. 55.

BIBLIOGRAFIA

ACUÑA, Marqués García del Postigo, Isidoro Vázquez de:

- *Vida y Obras del Ministro de Indias Don José de Gálvez, Marqués de Sonora*. XIX *Revista de Indias* 77-78, págs. 450-473 (Madrid) 1959 (Separata, 30 p. + 4 láminas).
- *El Conde de Gálvez*. V *Revista Española de Historia Militar* 9 (Madrid) 1961 (Separata, 41 p. + 4 láminas).
- *El Capitán General Don Matías de Gálvez*. X *Revista Española de Historia Militar* 21, págs. 55-74 (Madrid) 1966 (Separata, 20 p. + 2 láminas).
- *El Conde de Gálvez, Precursor del Hispanoamericanismo*. III *Aconcagua*, págs. 377-383 (Vaduz-Madrid) 1967.
- *Historial de la Casa de Gálvez y sus alianzas. Hechos ilustres de sus hijos en España, Italia, México, Guatemala, Perú, Chile y otros países del Viejo Mundo*. Vol. I, Madrid, Villena, Artes Gráficas, 1974, 362 p. + 36 láminas y numerosos escudos de armas.

ALAMAN, Lucas: *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron, a fines del siglo XV y principios del XVI, de las islas y continente Americanos, hasta la Independencia*. México, 1849.

ALCAZAR Molina, Cayetano: *Los Virreinos en el siglo XVIII*, en *Historia General de América*. Ed. Salvat. Barcelona, 1945.

BALLESTEROS Bereta, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Barcelona, 1929.

BERISTAIN y Sousa, José Mariano: *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*. Tip. Colegio Católico, Amecameca, 1883.

CANGHEY, John: *Bernardo de Gálvez and the English Smuggles on the Mississipi*, en *Hispanic American Historical Review*, febrero de 1932.

CHACON y Calvo, Conde de Casa Bayona, José María: *El documento y la reconstrucción histórica*. Rev. *Avance*. La Habana 1925.

DANVILA y Collado, Manuel: *Reinado de Carlos III*. En *Historia General de España*, de Cánovas del Castillo. Madrid, 1891-96.

DESDEVISES Du Desert, Gustavo: *La Lousiana a la fin du XVIII siècle*, en *Revue de l'Histoire des Colonies Françaises*. Troisième Année, págs. 235-260.

DIAZ Plaja, Fernando: *La Historia de España en sus Documentos*, Madrid, 1972.

DIAZ De Escobar, Narciso: *Malagueños Ilustres* (Colección de Artículos periodísticos existente en la Biblioteca del Ayuntamiento de Málaga).

FERNANDEZ, Duro, Cesáreo: *Armada Española desde la Unión de los Reinos de Castilla y Aragón*. Madrid 1900.

GONZALEZ Palencia, Angel: *Extracto del Catálogo de los Documentos del Consejo de Indias*, Conservados en la Sección Concejos del Archivo Histórico Nacional, Madrid 1920.

- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*. Tip. Mellado. Madrid 1857.
- LUDWIG, Emil: *Bolivar*, Buenos Aires. Ed. Losada.
- MOROTE Chapa, Francisco: *Notas y noticias sobre Don Matías Gálvez, Virrey de Nueva España*. En *Anales del Inst. Nac. de Segunda Enseñanza de Valencia*. Tip. Vivas Mora. Valencia 1930.
- OCARANZA, Fernando de: *Crónicas y Relaciones del Occidente de México*. México, 1937.
- PEREYRA, Carlos: *Historia de la América Española*.
- PORRAS Muñoz, Guillermo: *Acta de Matrimonio de Bernardo de Gálvez y Felicitas de Saint-Maxent*. En *Boletín del Archivo General Nacional de México*, t. XVI, Nº 2, año 1945, págs. 277-281.
- *El Conde de Gálvez*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1954.
- RUBIO-ARGÜELLES, Condesa de Berlanga de Duero, Angeles: *Un Ministro de Carlos III*. Málaga, 1949.
- *Pequeña Historia de Málaga del siglo XVIII*. Imp. Gutiérrez, Málaga 1951.
- *Vidas que fueron. Apuntes Históricos Malacitanos (1808-1812)*. Málaga 1956.
- SANTA CRUZ y Mallén, Conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox, Xavier de: *Historia de Familias Cubanas*. Editorial Hércules. La Habana 1943.
- SOUVIRON, Sebastián: *Bernardo de Gálvez, Virrey de México*. Excelentísima Diputación Provincial de Málaga. 1946.
- TEXIDOR, Felipe: *Noticias y Reflexiones sobre la Guerra que se tiene con los Indios apalaches en las Provincias de Nueva España, escritas por el Conde de Gálvez y publicadas por ...*, *Anales del Museo Nacional*, México 1925.
- TORRES y Valcazar, Pilar: *Relación de Expedientes de Titulos nobiliarios que se conservan en el Archivo del Ministerio de Justicia*. Rev. Hidalguía, Nº 28 y 29, Madrid. 1958.
- TUDELA de la Orden, José: *Los manuscritos de América en las bibliotecas de España*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1954.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de: *Virreyes y Virreinas de la Nueva España (Segunda Serie)* Ed. Jus. México, 1947.
- VALENZUELA, María del Carmen: *El Estado de Guerra en Nueva España, 1760-1808*. México 1950.